

La alegría de la fe¹

“De las cartas de san Francisco Javier, presbítero, a san Ignacio (Carta 4 y 5); Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!

Venimos por lugares de cristianos que ahora habrá ocho años que se hicieron cristianos. En estos lugares no habitan portugueses, por ser la tierra muy estéril extremo y paupérrima. Los cristianos de estos lugares, por no haber quien les enseñe en nuestra fe, no saben más de ella que decir que son cristianos. No tienen quien les diga misa, ni menos quien los enseñe el Credo, Pater noster, Ave María, ni los mandamientos.

En estos lugares, cuando llegaba, bautizaba a todos los muchachos que no eran bautizados; de manera que bauticé una grande multitud de infantes que no sabían distinguir la mano derecha de la izquierda. Cuando llegaba en los lugares, no me dejaban los muchachos ni rezar mi Oficio, ni comer, ni dormir, sino que los enseñase algunas oraciones. Entonces comencé a conocer por qué de los tales es el reino de los cielos.

Como tan santa petición no podía sino impiamente negarla, comenzando por la confesión del Padre, Hijo y Espíritu Santo, por el Credo, Pater noster, Ave María, así los enseñaba. Conocí en ellos grandes ingenios; y, si hubiese quien los enseñase en la santa fe, tengo por muy cierto que serían buenos cristianos.

Muchos cristianos se dejan de hacer, en estas partes, por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: "¡Cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!"

Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios, nuestro Señor, les demandará de ellas, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: "Aquí estoy, Señor, ¿qué debo hacer? Envíame adonde quieras; y, si conviene, aun a los indios."

¹ Teniendo como base las catequesis del Papa Benedicto XVI para el año de la fe

Nos urge reencontrarnos con Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Se trata del encuentro con una Persona viva, que nos transforma en profundidad, revelándonos nuestra verdadera identidad de hijos de Dios. El encuentro con Cristo renueva nuestras relaciones humanas, orientándolas, día a día, a mayor solidaridad y fraternidad en la lógica del amor.

Tener fe en el Señor no es un hecho que interesa sólo a nuestra inteligencia, sino que es un cambio que involucra la vida, la totalidad de nosotros mismos: sentimiento, corazón, inteligencia, emociones, relaciones humanas.

Con la fe cambia verdaderamente todo en nosotros y para nosotros, y se revela con claridad nuestro destino futuro, la verdad de nuestra vocación en la historia, el sentido de la vida, el gusto de ser peregrinos hacia la Patria celestial.

"La fe es la aceptación de la Palabra de Dios, escuchada en la comunidad creyente, como palabra salvadora" (A. Bentué).

Para algunos, la FE, es un misterio, para otros es una ilusión; aún hay otros que piensan que es locura y otros tantos la consideran...fanatismo. Para el que cree...Es poder de Dios. Aún entre los creyentes, muchos no la entienden, razón por la cual no saben cómo ejercerla, resultando en el descuido de la fuente que la origina, entonces viene el desánimo, la indiferencia, la duda y la incredulidad.

Jesucristo es lo más valioso que tiene el cristiano, es el verdadero tesoro de la Iglesia. Redescubrirlo, vivirlo y testimoniarlo constituye la verdadera sabiduría de la vida, el auténtico «arte del vivir», la razón profunda y contagiosa de una existencia que ha encontrado su verdadero sentido y destino. Y esta es la gran y sublime belleza de la fe cristiana. Y proclamar esta verdad y difundir esta belleza es el anhelo y la aspiración del Año de la Fe 2012-2013, que el Papa Benedicto XVI nos anunció en el pasado mes de octubre.

Como se afirma en la Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe, «la Iglesia es plenamente consciente de los problemas que debe afrontar hoy la fe, y siente más que nunca la actualidad de la pregunta que Jesús mismo formuló: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra? (Lc 18, 8). Por ello, "si la fe no se revitaliza, convirtiéndose en una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces».

¿Y cuál y cómo ha de ser, pues, esa fe que, llena de belleza y de atracción, nos muestre en primer lugar a nosotros los creyentes y después a la humanidad entera la sabiduría de la vida, el verdadero «arte del vivir»? Es la fe que nace del encuentro transformador y transformante con Jesucristo, que no es una idea o un sentimiento, sino una Persona que trae el acontecimiento decisivo y las respuestas que laten en el corazón del hombre. La fe cristiana es creer en Jesucristo y permitir que esta creencia fundamental irrigue de savia nueva nuestro ser. De ahí la necesidad de una renovada conversión, que solo llega desde la vida interior, desde la sana y equilibrada espiritualidad de la encarnación y de la pascua. Una renovación que ha de hundir sus raíces en la gran tradición de la Iglesia, se ha de nutrir de la Palabra de Dios y de los Sacramentos y se ha de traducir en la caridad. Porque «la fe sin caridad no da fruto y la caridad sin la fe es un sentimiento oscilante», como recordaba ya Benedicto XVI en la Porta fidei.

La fe, la gran propuesta y fuerza de la evangelización, crece creyendo y se fortalece dándola. Y este crecimiento y fortalecimiento de la fe solo se da en la Iglesia, en la fidelidad a su identidad, comunión y misión. Y el Concilio Vaticano II y su fruto maduro del Catecismo de la Iglesia Católica han de ser la brújula del Año de la Fe. Un año para superar las crisis, un año para sentir y mostrar la belleza de la fe en Jesucristo, el secreto, la llave del auténtico «arte del vivir» y el motor de la humanidad nueva que tanto necesitamos.

¿Qué es ser una persona de fe?

No es raro escuchar mencionar el término "**persona de fe**". ¿Pero qué es verdaderamente ser una persona de fe? Y mucho más importante: ¿Qué implica ser una persona de fe? Veamos si podemos encontrar algunas respuestas. Que quede claro que hablamos de fe en sentido religioso, y no en otros sentidos menores relacionados con otros aspectos del ser humano.

La fe es un conocimiento que se da al ser humano y que sobrepasa su capacidad natural y limitada de conocer. Esto significa que no se opone a la razón o al razonamiento, sino que la supera, no pudiendo nuestro conocimiento finito y limitado acceder a la misma por su intrínseca limitación. Por eso la fe no es algo oscuro, como a veces se la interpreta, como algo que se opone a la razón humana, sino que algo de extrema claridad que nuestra inteligencia limitada no puede abarcar. Es su extrema luminosidad y no su supuesta oscuridad lo que hace que no podamos entenderla con nuestro conocimiento limitado y finito. **Los contenidos de fe son sumamente inteligibles en sí mismos pero no lo son para nosotros.** Aquí muere toda pretensión racionalista del ser humano, dado que una potencia de conocimiento finita y limitada,

como lo es nuestra inteligencia, no puede aspirar a conocer lo infinito, lo que la sobrepasa ampliamente. Por eso la autoridad de quien brinda los conocimientos de fé (quien la revela) es esencial para su credibilidad.

Que los contenidos de fé no puedan ser entendidos por nosotros no significa que sean irracionales sino todo lo contrario: deben ser razonables. Aunque ellos mismos no puedan ser entendidos por nosotros, deben ser, sin embargo, "razonables". En filosofía se llama a estos conocimientos "**preámbulos de fe**". Son un grupo de conocimientos filosóficos que nos permiten vislumbrar la racionalidad de la fe, de lo que revela en ella.

Ser una persona de fe implica tener una férrea confianza en el autor de los contenidos de fe. En el caso de la fe religiosa, **el autor es Dios**. Pero ser una persona de fé no implica solamente adherir a la confianza en el autor para asimilar los conocimientos revelados, sino que **especialmente significa vivir y actuar conforme a ellos**. Por eso, la persona de fe no solamente adhiere y está de acuerdo con la verdad revelada sino que vive su vida cotidiana regido por tales principios. **La fe en él se hace obras**. De este modo podemos entender que la fe no es un ejercicio solamente intelectual, sino que es esencialmente un ejercicio de la voluntad que debe plasmar tales conocimientos en los actos y obras de nuestra vida diaria.

Por ello, las implicancias de ser una verdadera persona de fe son notables ya que es en la vida diaria de quien lo es, en sus actos y obras cotidianos, donde se ha de manifestar la supuesta fé. Si esto no ocurre, no se será una persona de fe genuina, como tampoco es pianista quien sabe tocar el piano pero nunca se sienta a tocar el instrumento. Saber y no actuar en consecuencia, es no saber. Y si la fe nos da un saber pero no actuamos en consecuencia, ¿no será que nuestra supuesta fe tambalea? Sin embargo, no apaguemos la mecha que humea, sino que volvamos a encenderla..

Es razonable el creer

Avanzamos en este Año de la fe, llevando en nuestros corazones la esperanza de redescubrir cuánta alegría hay en creer y encontrar el entusiasmo de comunicar a todos las verdades de la fe. Estas verdades no son un simple mensaje de Dios, una particular información sobre Él.

La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valoriza, perfecciona y eleva lo que es verdadero, bueno y bello en el hombre. La fe permite un conocimiento auténtico sobre Dios, que implica a toda la persona humana: se trata de un "saber", un conocimiento que le da sabor a la

vida, un nuevo sabor a la existencia, una forma alegre de estar en el mundo.

Este conocimiento de Dios mediante la fe, por lo tanto, no es sólo intelectual, sino vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor. Hoy, quisiera detenerme sobre lo razonable de la fe en Dios. *Credo quia absurdum* (creo porque es absurdo) es la fórmula que interpreta la fe católica. De hecho, Dios no es absurdo, en todo caso es misterio. La fe le permite ver el "sol" de Dios, porque es acogida de su revelación en la historia y, por así decirlo, recibe verdaderamente toda la luminosidad del misterio de Dios, reconociendo el gran milagro: Dios se ha acercado al hombre y se ha ofrecido a su conocimiento, condescendiendo al límite de la criatura de la razón humana (cf.

Al mismo tiempo, Dios, con su gracia, ilumina la razón, le abre nuevos horizontes, inconmensurables e infinitos. Es falso el prejuicio de algunos pensadores modernos, que aseveran que la razón humana quedaría como bloqueada por los dogmas de la fe. La fe católica es, pues, razonable y nutre también confianza en la razón humana. El conocimiento de la fe, además, no va en contra de la recta razón. En el irresistible deseo por la verdad, sólo una relación armoniosa entre la fe y la razón es el camino que conduce a Dios y a la plenitud de sí mismo.

Y sin embargo, la cruz de Cristo es una razón, que San Pablo llama: *ho logos tou staurou*, "la palabra de la cruz" (1 Corintios 1:18). La investigación científica conduce al conocimiento de verdades siempre nuevas sobre el hombre y el cosmos. También por ello es razonable creer: si la ciencia es un aliado valioso de la fe para la comprensión del plan de Dios en el universo, la fe permite al progreso científico realizarse siempre por el bien y la verdad del hombre, fiel a este mismo diseño.

Por eso es crucial para el hombre abrirse a la fe y conocer a Dios y su proyecto de salvación en Jesucristo.

Tres vías que conducen a Dios

Pero, hay vías que pueden abrir el corazón del hombre al conocimiento de Dios, hay signos que conducen a Dios.

Sin embargo, Dios no se cansa de buscarnos, es fiel al hombre que ha creado y redimido, permanece cerca de nuestras vidas, porque nos ama. En el pasado, en Occidente, una sociedad que se consideraba cristiana, la fe era el ambiente en el que todos se movían, la referencia y la adhesión a Dios eran, para la mayoría de la gente, parte de la vida cotidiana.

A menudo, entonces, se cree en Dios de una manera superficial, y se vive "como si Dios no existiera" (etsi Deus no daretur). Al final, sin embargo, esta forma de vida es aún más destructivo, porque conduce a la indiferencia ante la fe y la cuestión de Dios.

No ha perdido su significado lo que la sabiduría antigua evoca con el mito de Prometeo: el hombre cree que puede llegar a ser, él mismo, "dios" dueño de la vida y la muerte.

Ante este marco, la Iglesia, fiel al mandato de Cristo, no cesa nunca de afirmar la verdad sobre el hombre y su destino. El Concilio Vaticano II afirma claramente: "La razón más alta de la dignidad del hombre consiste en su vocación a la comunión con Dios. Desde su nacimiento el hombre es invitado al diálogo con Dios: de hecho existe, solamente porque ha sido creado por el amor de Dios, conservado por el mismo amor de Él, vive plenamente según la verdad si se reconoce libremente y se entrega a su Creador" (Gaudium et Spes, 19).

Me gustaría muy brevemente resumirlo en tres palabras: el mundo, el hombre, la fe.

La primera: el mundo. Una primer camino, pues, que conduce al descubrimiento de Dios es contemplar con ojos atentos la creación.

La segunda palabra: el hombre. Siempre San Agustín, tiene una famosa frase que dice que Dios está más cerca de mí que yo a mí mismo (cf. Confesiones, III, 6, 11). A partir de aquí se formula la invitación: "No vayas fuera de ti mismo, vuelve a entrar en ti mismo: en el hombre interior habita la verdad y de mirar en lo profundo de nosotros mismos y leer esa sed de infinito que llevamos dentro

La tercera palabra: la fe. Sobre todo en la realidad de nuestro tiempo, no debemos olvidar que un camino que conduce hacia el conocimiento y al encuentro con Dios es la vida de fe. El que cree está unido a Dios, está abierto a su gracia, a la fuerza de la caridad.

La fe, de hecho, es encuentro con Dios que habla y actúa en la historia y que convierte nuestra vida cotidiana, transformando en nosotros mentalidad, juicios de valor, decisiones y acciones.

De hecho, fundamento de toda doctrina o valor es el encuentro del hombre con Dios en Cristo Jesús.

Dios que es el único que sacia al ser humano

Muy significativamente, el Catecismo de la Iglesia Católica se abre, precisamente, con la siguiente consideración: "El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar" (n. 27).

¿Qué es lo que realmente puede saciar el deseo humano?

En mi primera Encíclica, *Deus Caritas Est*, intenté analizar cómo esta dinámica se realiza en la experiencia del amor humano, experiencia que en nuestra época, se percibe más fácilmente como un momento de éxtasis, de salir de sí mismos, como lugar donde "el hombre percibe que está inundado por un deseo que lo supera. Hay que ejercitarse, entrenarse y también corregirse, para que ese bien pueda ser querido verdaderamente. (Encíclica *Deus caritas est* n. 6).

A través de este camino, el hombre podrá profundizar progresivamente en el conocimiento del amor, que había experimentado al principio. Consideraciones similares se podrían hacer también con respecto a otras experiencias humanas, tales como la amistad, la experiencia de la belleza, el amor por el conocimiento: todo bien experimentado por hombre tiende hacia el misterio que rodea al hombre mismo; y cada deseo que se asoma al corazón humano se hace eco de un deseo fundamental que nunca se está totalmente satisfecho. No se puede conocer a Dios sólo por la voluntad del hombre. Y, sin embargo, ya la experiencia misma del deseo, del "corazón inquieto", como le llama San Agustín, es muy significativa.

Ésta nos dice que el hombre es, en el fondo, un ser religioso (cf. Podemos decir con las palabras de Pascal: "El hombre supera infinitamente al hombre" (Pensamientos, ed Chevalier 438, ed Brunschvicg 434.). Y esto hará que emerja aquel deseo de Dios del que estamos hablando.

Todos, por otra parte, tenemos necesidad de seguir un camino de purificación y de curación del deseo.

Cuando en el deseo se abre la ventana hacia Dios, esto ya es un signo de la presencia de la fe en el alma, fe que es una gracia de Dios. San Agustín afirma: "Con la espera, Dios fortalece nuestro deseo; con el deseo ensancha el alma y dilatándola, la hace más capaz" (Comentario sobre la Primera Epístola de Juan, 4,6: PL 35, 2009).

La fe nace de la Iglesia

Proseguimos nuestro camino de meditación sobre la fe católica.

No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque Dios me dona la fe a través de una comunidad creyente, que es la Iglesia y me inserta en una multitud de creyentes, en una comunión, que no es sólo sociológica, sino que tiene sus raíces en el amor eterno de Dios, que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal, sólo si es comunitaria: puede ser mi fe, sólo si vive y se mueve en el "nosotros" de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe de la única Iglesia.

Los domingos, en la Santa Misa, rezando el Credo, nos expresamos en primera persona, pero confesamos comunitariamente la única fe de la Iglesia. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. "Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre" (San Cipriano de Cartago – Catecismo de la Iglesia Católica n.181). La fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella. Hch 2,17-24).

Recordando aún la liturgia del Bautismo, notamos que, en la conclusión de las promesas en las que expresamos la renuncia al mal y repetimos "creo" a las verdades centrales de la fe, el celebrante dice: "Esta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia y nosotros nos gloriamos de profesarla en Cristo Jesús Señor nuestro. "La fe es la virtud teológica, es decir, dada por Dios, pero transmitida por la Iglesia a lo largo de la historia. Hay una cadena interrumpida de la vida de la Iglesia, de anuncio de la Palabra de Dios, de celebrar de los Sacramentos, que llega hasta nosotros y que nosotros llamamos Tradición. Constitución Dogmática. El Beato Juan Pablo II en la Encíclica Redemptoris missio afirma que "la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones ¡La fe se refuerza donándola!

La tendencia, hoy generalizada, de relegar la fe al ámbito privado contradice su propia naturaleza. Tenemos necesidad de la Iglesia para confirmar nuestra fe y experimentar juntos los dones de Dios: su Palabra, los Sacramentos, el sostén de la gracia y el testimonio del amor.

En un mundo donde el individualismo parece regular las relaciones entre las personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe nos llama a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para toda la humanidad

Sobre la fe y lo que significa creer hoy en día

La fe no es un mero asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios, es un acto con el cual me entrego libremente a un Dios que es Padre y que me ama, es adhesión a un "Tú" que me da esperanza y confianza.

Aún más, Dios ha revelado que su amor al hombre, a cada uno de nosotros no tiene medida: en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre nos muestra, de la forma más luminosa, hasta dónde llega este amor, hasta darse a sí mismo hasta el sacrificio total. La fe es creer en este amor de Dios, que nunca falla ante la maldad de los hombres, ante el mal y la muerte, sino que es capaz de transformar todas las formas de esclavitud, brindando la posibilidad de la salvación.

Y esta posibilidad de la salvación por medio de la fe es un don que Dios ofrece a todos los hombres.

Y debemos ser capaces de proclamar y anunciar esta certeza liberadora y tranquilizadora de la fe, con palabras y nuestras acciones para mostrarla con nuestra vida como cristianos.

(Marcos 16:16). Como cristianos, somos testigos de este suelo fértil, nuestra fe, incluso dentro de nuestros límites, demuestra que hay buena tierra, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes de justicia, paz y amor, de nueva humanidad, de salvación. La fe es, pues, ante todo un don sobrenatural, un don de Dios.

El Concilio Vaticano II afirma, cito: "para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que proviene y ayuda, y son necesarios los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad" (Constitución dogmática.

La base de nuestro camino de fe es el bautismo, el sacramento que nos da el Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree, sin prevenir la gracia del Espíritu; y no creemos solos, sino junto con los hermanos. La fe es un don de Dios, pero también es un acto profundamente humano y libre. La fe es, pues, un consentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su "sí" a Dios, confesando que Jesús es el Señor.

El Credo

La fe cristiana, operosa en la caridad y fuerte en la esperanza, no limita, sino que humaniza la vida; más aún, la hace plenamente humana.

La fe es acoger este mensaje transformador en nuestra vida, es acoger la revelación de Dios, que nos hace conocer quién es Él, cómo actúa, cuáles son sus proyectos para nosotros. San Pablo lo expresa con alegría y reconocimiento así: «Damos gracias a Dios sin cesar, porque, al recibir la Palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes» (1 Ts 2, 13).

Dios se ha revelado con palabras y obras en toda una larga historia de amistad con el hombre, que culmina en la encarnación del Hijo de Dios y en su misterio de muerte y resurrección. Este es el kerigma, el anuncio central y rompedor de la fe. Pero desde los inicios se planteó el problema de la «regla de la fe», o sea, de la fidelidad de los creyentes a la verdad del Evangelio, en la que permanecer firmes; a la verdad salvífica sobre Dios y sobre el hombre que hay que custodiar y transmitir. Se trató de confirmar y custodiar este núcleo central de las verdades de la fe, expresándolo en un lenguaje más inteligible a los hombres de nuestro tiempo, a nosotros. Algunos de estos ha evidenciado la indagación promovida en todos los continentes para la celebración del Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización: una fe vivida de modo pasivo y privado, el rechazo de la educación en la fe, la fractura entre vida y fe.

En cambio debemos volver a Dios, al Dios de Jesucristo; debemos redescubrir el mensaje del Evangelio, hacerlo entrar de forma más profunda en nuestras conciencias y en la vida cotidiana.

En las catequesis de este Año de la fe desearía ofrecer una ayuda para realizar este camino, para retomar y profundizar en las verdades centrales de la fe acerca de Dios, del hombre, de la Iglesia, de toda la realidad social y cósmica, meditando y reflexionando en las afirmaciones del Credo. Y desearía que quedara claro que estos contenidos o verdades de la fe (fides quae) se vinculan directamente a nuestra cotidianeidad; piden una conversión de la existencia, que da vida a un nuevo modo de creer en Dios (fides qua). Conocer a Dios, encontrarle, profundizar en los rasgos de su rostro, pone en juego nuestra vida porque Él entra en los dinamismos profundos del ser humano.

¿Podrías afirmar que eres una persona creyente?

1. ¿Cómo vives tu fe en la Parroquia o comunidad?
2. ¿Qué experiencias más significativas has vivido en ella?
3. ¿Qué aporta a tu vida la vivencia de la fe en la parroquia o en la comunidad?
4. ¿Qué desearías de ella de cara al futuro?